V
922
P

BX1373
I3

FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ERIT ENIM MAGNUS.
HA DE SER GRANDE.
Luc. I, 15.

YA no hay duda, Hijos mios. Por más que pongamos en cuestion la autenticidad de la triste noticia; por más que desconfiemos de la veracidad del alambre telegráfico; por habituados que estemos á ver desmentidas mañana, las nuevas que hoy se nos trasmiten de allende los mares, nuestra desgracia es cierta, nuestro luto seguro, nuestra orfandad inevitable. Pio IX ha muerto. La cabeza de la Iglesia á que pertenecemos, nuestro Padre y favorecedor especial ha desaparecido para siempre. Esa figura gigantesca que por tantos años nos habiamos acostumbrado á mirar sobre el solio de San Pedro, ya no nos sostendrá con sus palabras; ya no nos estimulará con su ejemplo; ya no nos animará con su fortaleza. El Pontífice augusto que erigió nuestra diócesi de Tamaulipas, que os proveyó de Pastor y consagró á vuestro primer prelado, ha pagado á la naturaleza el imprescindible tributo.

Ménos hieren las flechas, cuando las vemos venir con tiempo sobre nosotros, dice San Gregorio; *minus jacula feriunt quæ prævidentur;* pero hay desdichas que miéntras más previstas más abruman; miéntras más esperadas más afligen; miéntras más diferidas más anonadan. Tal sucede, Hijos mios, con el golpe que la Providencia Divina acaba de mandarnos. Hace largos años que la muerte de Pio IX era el tema ordinario de las conversaciones entre amigos y enemigos; cada bendicion temiamos fuese la última; cada palabra la postrera; cada vez que besába-

002554

mos su planta, creíamos no volver á gozar de igual felicidad. Y sin embargo, Pio IX vivia; Pio IX reinaba; Pio IX con su vida milagrosamente prolongada, burlaba las infandas esperanzas de los enemigos de la Iglesia. Pero ya llegó tambien para el Vicario de Cristo la hora que presto ó tarde tiene que sonar para todo mortal, y de que no quiso eximirse ni el Hijo de Dios. Llorémos, Católicos, sobre esa tumba gloriosa. Depositemos nuestras flores en el sepulcro de ese hombre verdaderamente grande: grande como rey, grande como Pontífice, grande como santo. Si ha habido alguno de los descendientes de Adan, á que pueda con justicia llamarse, como la Escritura apellida al Bautista, grande por excelencia, *erit enim magnus*, este hombre es sin duda el glorioso Pontífice que acaba de desaparecer. Cualquiera otro elogio seria rebajarlo; cualesquiera otras palabras nada añadirian á su gloria; por más que hojease los filósofos antiguos y los Padres de la Iglesia, por más que buscase textos en las Sagradas Escrituras, nada podria hallar que os diera más cabal idea de su grandeza.

Grande fué Pio IX ántes de la exaltacion al sacerdocio; grande cuando recibió la imposicion de las manos. Grande se mostró bajo la mitra episcopal, y grande con la púrpura cardenalicia. Grande fué al aceptar la triple diadema del Supremo Pontificado; grande entre las aclamaciones del pueblo, y entre la mofa de los ingratos que tan mal pagaron sus beneficios. Grande fué perdonando, y grande sosteniendo los derechos de la Iglesia. Grande fué al añadir una nueva corona á la Madre de Dios, y grande al definir en pleno Concilio las prerogativas pontificias. Grande lo contemplamos en sus triunfos y progresos; grande en su bien conducida retirada; en su gloriosa derrota; en su larga prision. Grande fué en su vida, grande en su muerte; grande es sin duda en el trono de gloria á que el Señor lo ha conducido. Pueblos de la tierra, generaciones todas, rodead esa tumba, y decid si habeis contemplado jamás tanta grandeza.

Yo, Señores, deslumbrado con tanto brillo, embargada mi mente con la pena, sobrecogido de temor ante un espectáculo nuevo en mi vida, el dolor, el estupor, la admiracion anudan mi lengua, y no puedo más que repetir maquinalmente, las palabras del Ecco.: Ved ahí, ved ahí al sacerdote grande. Católicos ó heterodoxos, cristianos ó infieles, adictos al Pontíficado ó enemigos de la Iglesia de Cristo, mirad ahí al varon intachable, amigo de Dios y de los hombres, que fué agradable á Jehová en los largos dias que peregrinó sobre la tierra. Mirad, mirad al

sacerdote insigne en quien nadie pudo hallar jamás la menor mancha, que á los ojos del Señor fué justo y á los del mundo santo y glorioso. Ved, ved ahí al sacerdote grande, *ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo et inventus est justus.*

En verdad, Señores, que no voy á tejer su elogio, ni á trazar la historia de su Pontificado. Si tal fuere mi mision, preferiria guardar silencio por ahora, y esperar á que de otras comarcas lleguen las elocuentes palabras que ilustres varones pronunciarán en loor de Pio IX, para repetíroslas despues, como eco humilde.

Pero el primer Pastor de Tamaulipas tiene una deuda muy especial hácia el Pontífice que acaba de exhalar el último suspiro. Como católico, he venido en medio de mi pueblo á deshojar flores sobre su tumba y á ofrecer por su alma bendita el incienso de mis tibias oraciones. Como Obispo, os he convocado á asistir al solemne sacrificio en que mis manos han inmolado, en honra y sufragio suyo, al Cordero inmaculado. Pero como consagrado por sus augustas manos, como favorecido por Pio IX, algo más le debo, y seria un ingrato si en este dia tristísimo me contentase con tributarle un homenaje ordinario. En su régia antecámara, en su ejército, en su dorado calabozo, de cerca lo ví, de cerca lo traté, y me colmó de beneficios su soberana munificencia. A mi Gefe, pues, á mi Soberano, mi Amo, mi Bienhechor y mi Padre, os convido á llorar y admirar. Quédese para otros el compilar la crónica de su larguísimo reinado; el escribir la historia del Concilio por él convocado, el enumerar los concordatos hechos por su órden, los monumentos debidos á su régia liberalidad, los establecimientos por él fundados. A otros toca hacer resaltar la sabiduría de su política, la prudencia de sus concesiones, la oportunidad de su resistencia; otros en fin, santos como él, podrán (permitidme esta reminiscencia de Santo Tomás) podrán encarecer las virtudes del Santo que ha sido trasladado á los cielos. Mi tarea es más humilde, más fácil, más sencilla. Se reduce á dejar al corazon llagado exhalar libremente sus gemidos, y á recordaros, á más de algunas fechas importantes, unos cuantos sucesos de los más prominentes, presenciados no pocos por quien hoy os invita á mezclar vuestro llanto con sus lágrimas de gratitud.

I

ERA la primavera de 1792. Las brisas del Adriático, mecian en la pintoresca Sinigaglia, la noble cuna de un infante, que *al mismo tiempo que las rosas de Mayo, alegraba la ya fe*cunda union de Gerónimo Mastai y su esposa Catarina Solazzi. Oriunda de Lombardía, hacia tiempo que la ilustre familia se *hallaba establecida en los Estados Pontificios, y más de un siglo que* el título de Conde se habia conferido á sus primogénitos por el Duque reinante de Parma y Plasencia. El apellido Ferretti se habia añadido al de Mastai, en consecuencia de una alianza con una rica heredera de este nombre, y en el escudo de armas de Pio IX, nos hemos acostumbrado á ver unidos al leon del segundo, las barras correspondientes al primero.

Aquel niño destinado á una vida casi tan larga como la del Apóstol predilecto de Jesus, á llevar cual éste, sin morir, la corona del mártir, y á cuidar como él de la honra de la Vírgen Santísima; aquel niño, de quien yá desde entónces podia decirse como del Bautista: este pequeñuelo será grande delante del Señor, porque la mano de Dios está con él: *hic puer magnus coram Domino, nam et manus ejus cum ipso est;* aquel niño tres veces privilegiado, al recibir en la sagrada fuente, juntamente con el nombre de María, el del Precursor y el del Evangelista, fué puesto bajo el amparo de tan esclarecidos protectores. El nombre del glorioso Príncipe del Colegio Apostólico á quien estaba destinado á suceder un dia, y el del Santo agricultor español, le fueron añadidos por su piadoso tio y padrino el Canónigo Mastai, quien al regenerarlo en las aguas del bautismo el dia siguiente á su nacimiento, lo llamó Juan María, Juan Bautista, Pedro Isidro.

Apénas nacido, resonaron en la vecina Francia, aquellos gritos báquicos que inauguraban una era de sangre y de horrores, de trastornos radicales y cambio total en principios, en ideas, en la vida social,

religiosa y política del Orbe entero. No era aquel el siglo de la electricidad ni del vapor; pero en alas de la fama llegaron las infaustas noticias á perturbar la paz de los apartados moradores de las riberas del Adriático. ¿Penetraron las nuevas ideas en la familia Mastai-Ferretti, como más tarde se le echó en cara, ó fueron por ella miradas con horror y rechazadas de su seno? Los hechos, Señores, hablan más alto que las conjeturas, y sabemos que el padre del futuro Pontífice, gonfalonero de su ciudad natal, en tiempo de la ocupacion Francesa se mantuvo fiel á su soberano; y aunque templada con aquella suave prudencia y contemporizacion que legó en herencia á su augusta prole, desplegó gran firmeza ante el invasor. Sabemos que uno de los hermanos del Conde, padeció dura prision por haberse rehusado á reconocer la autoridad del gefe Francés, y que toda la familia Mastai sufrió grandes vicisitudes á consecuencia de su patriotismo y lealtad. Vemos igualmente al niño Juan Mastai en aquella época de entusiasmo marcial y de furor revolucionario, enviado á la temprana edad de once años, no á un colegio militar ni á una escuela náutica, sino al seminario Eclesiástico dirigido en Volterra por los Religiosos que fundara San José de Calasanz.

Pero en vano te afanas, tierno niño, en seguir una senda por que Dios no parece llamarte. Esos violentos ataques epilépticos, que empiezan á afligirte á la edad de diez y seis años, te hacen inútil para el sacerdocio. Es verdad que un año despues te confiere la tonsura el venerable Prelado de Volterra, Monseñor Incontri; pero es debido á su amistad con tu piadosa Madre, y las sagradas órdenes te serán negadas por él y por todos. Marcha, marcha á Roma, á proseguir tus estudios eclesiásticos; todo será en vano, allí recibirás nuevas pruebas de que no te llama el Señor al santuario.

En efecto, Señores, en 1810 invadieron los Franceses á Roma, y el enfermizo Abate Mastai se vió obligado á volver al seno de su familia, y á abandonar carrera y estudios. En breve tiempo todo cambió en Europa y en la Península Italiana; y el jóven tonsurado recibió solemne intimacion de presentarse, no ante su obispo á recibir las órdenes sino ante el Virey de Italia, á formar parte de su guardia de honor. ¡Bendita epilepsía! Ésta impidió al seminarista desenvainar la espada, y preservó á la Iglesia un gran pontífice. La providencia abatió al Coloso, restableció en su trono al Vicario de Cristo, y en 1814 el jóven Mastai presenciaba en Roma la entrada triunfal del augusto Pio VII,

de vuelta de su inícuo cautiverio. Los nombres del Abate Graziosi, del Canónigo Storace, de Monseñor Caprano, quedarán consignados en la historia, más todavía que por su saber como teólogos y jurisconsultos, por haber formado como profesores y amigos al futuro gefe de la cristiandad. El Venerable Siervo de Dios, Vicente María Strambi, Obispo de Macerata, contará entre sus méritos el haber guiado los primeros pasos del que fué más tarde Pio IX, por la senda del evangelista y del misionero. Los habitantes de la provincia de Sinigaglia conservaron por mucho tiempo la memoria del celo, sencilla elocuencia y fervor apostólico del menorista Mastai, que acompañó á aquel Prelado en sus tareas, en las misiones que á tantos convirtieron, hácia mediados de 1818. Contaba ya veintiseis años, y su salud algun tanto mejorada, le permitió recibir el subdiaconado en Diciembre de 1818, y en Marzo de 1819 el órden jerárgico del diaconado.

Veis, Señores, que desde la aurora de su vida se consagró voluntariamente al Señor; que no hay en la historia de su juventud, ni descarríos ni devaneos, que desde muy temprano dió su nombre á la milicia de Cristo, de buena voluntad y áun ántes que sus tiernas manos pudiesen sostener el sable que jamás empuñó. Veis que desde su infancia se acostumbró á los combates y á las luchas, y en tan dura escuela fué adquiriendo su alma ese temple de acero, de que dió muestras hasta sus últimos instantes. No todos quizá comprenderéis cuánta constancia, cuánta fortaleza, cuánta grandeza se necesitan para continuar una carrera literaria cuando todo nos induce á cortarla; para obstinarse en penetrar en el santuario cuando los hombres, y á veces áun Dios mismo parecen repelernos; para escuchar la voz del Señor que interiormente nos señala un camino, y exteriormente parece indicarnos otro totalmente contrario. Cuando la salud falta sobre todo, cuando el cuerpo está débil, si el alma no es muy grande, ella tambien se doblega, y se rinde. El jóven Mastai-Ferretti triunfó con su constancia de todos los obstáculos, y vencedor áun de la terrible epilepsía, fué por fin ordenado sacerdote el sábado de gloria de 1819, por Monseñor Caprano, arzobispo de Icomio, en la capilla de la habitacion que el Prelado ocupaba en Roma, en el espléndido palacio de los Dórias.

II

Hay en Roma una Iglesia, que no figura por cierto en primera línea, entre las trescientas que se elevan en la Ciudad Santa. Ni todos los viajeros la visitan, ni se halla su descripcion en todas las guías de forasteros: está dedicada á la Madre de la Vírgen Santísima, y se designa con el nombre de Santa Ana de los Carpinteros. Este pequeño templo, célebre hoy en el orbe entero, se hallaba decorado suntuosamente el dia de Pascua de 1819. Por primera vez el Abate Mastai, recien ordenado Presbítero, celebraba el santo sacrificio: habia obtenido, al recibir las últimas órdenes, las licencias necesarias para ejercer el santo ministerio; aunque á condicion de ser siempre asistido de otro sacerdote, por temor de nuevos ataques epilépticos

Los niños del vecino hospicio formaban devota corona en derredor del nuevo presbítero, de cuyos labios estaban acostumbrados á oir continuas pláticas espirituales. La compañía de estos desvalidos era su delicia, áun ántes de su ascenso al sacerdocio, y nombrado director del establecimiento por el Papa Pio VII, dejó allí indeleble memoria de su caridad y de su celo, de su dulzura y de su firmeza, de sus virtudes y santidad.

Parece que Roma, tan abundante en Eclesiásticos y en religiosos, ne institutos de piedad y en prácticas devotas, presentará un campo bien estrecho para el sacerdote sin cura de almas que quiera ejercitar su celo apostólico. Y no es así, Señores. Un jardin, miéntras más cultivado, mayor necesidad tiene del cuidado del jardinero. Las florecillas que en medio de un inculto campo no llaman la atencion si crecen con poca simetría, ó tienen sus pétalos algun tanto manchados, en el pensil de noble quinta nos parecen defectuosas si el viento las doblega, si el polvo empaña el brillo de sus hojas. Así es que de continuo las observamos, y áun sin tener encargo especial, nos acercamos á regarlas, á enderezarlas, á limpiarlas. Así acaece en la Ciudad Eterna con las flores de piedad y de religion; y el celo del Sacerdote Mastai-Ferretti, nom-

brado casi al tiempo de su ordenacion, Canónigo de la Basílica menor de Santa María in Via Lata, encontró donde ejercitarse, y no permació por cierto inútil.

Presto fué llamado á mayores tareas. Escuchad, Señores, que esta parte de su vida muy directamente nos toca.

Era el año de 1823. Las inmensas posesiones de España en este lado del Atlántico, despues de luchas más ó ménos largas y sangrientas, se habian emancipado de la antigua metrópoli. Una multitud de repúblicas habian nacido en la América del Sud, que formadas por manos inexpertas, gobernadas por hombres no acostumbrados al mando, resentidas de los trastornos sufridos, y que ¡ay! tenian que continuar por largos años, formaban entidades de carácter confuso, indeterminado, indistinto, en lo social, en lo político, en lo religioso. Ni reconocia su independencia la Madre patria, ni tenia modo de sujetarlas. Ni rompian ellas del todo con las antiguas tradiciones, ni adoptaban en su totalidad un nuevo sistema. Se jactaban de ser católicos ántes que todo, y, sin embargo, reducian á la práctica teorías disolventes poco en armonía con los principios de la Iglesia. La mayor parte de las diócesis estaban vacantes; la disciplina del clero mucho habia sufrido en las recientes guerras; el pueblo se iba resintiendo cada dia más de la falta de pastores. Por otra parte, los nuevos gobernantes, al par que negaban todo derecho divino y clamaban contra las prerogativas de los reyes, se arrogaban los antiguos derechos de los monarcas españoles, y pretendian ejercer en el santuario una influencia indebida.

Era indispensable atender á esta parte tan numerosa cuanto lejana del Rebaño universal confiado á Pedro; y si bien los vínculos diplomáticos que ligaban al Soberano temporal de Roma con el Rey de España, impedian al primero tener relaciones oficiales, con los que el segundo consideraba Estados rebeldes, el soberano espiritual del universo no podia prescindir del deber y derecho de apacentar á todas sus ovejas. A tratar, pues, si posible fuere, con los gobiernos que, aunque republicanos, se pregonaban en el sud del Continente Americano católicos; á atender de cualquier modo que fuese á aquella porcion de la grey, poniéndose en contacto con el pueblo, si no se podia con los gobernantes, envió el Papa Pio VII, como delegado suyo, á Monseñor Muzi, y en calidad de auditor le acompañó el Canónigo Juan Mastai-Ferretti.

No era entónces una travesía del Océano, lo que es en esta época de adelantos materiales: un viaje de recreo, de corta duracion y comparativa seguridad. Era preciso cruzar la inmensidad de los mares en frágiles carabelas, atenidas al somplo siempre incierto de mudables vientos, expuestas no solo á las borrascas, sino á los asaltos de piratas, que ya descaradamente, ya cubiertos con pabellon de beligerantes, surcaban las aguas en todas direcciones en busca de botin. A todos estos riesgos, y á otras mil aventuras, se vió expuesta y sujeta la Delegacion Pontificia, que habiéndose hecho á la vela del puerto de Génova en el tempestuoso Octubre de 1823, arribó á principios de Enero del año subsiguiente á la remota Monte Video.

Casi contaba ya treinta y dos años el auditor Mastai; ¿cómo es que siendo de noble alcurnia, de relevantes prendas y conocido del Pontífice no lo vemos figurar á la cabeza de esa misma mision ú otra parecida? ¿Cómo acepta y se contenta con un puesto, honroso sí pero subalterno, y que quizás otro de su linaje y carrera habria desdeñado? ¡Ah Señores! Bendigamos á la Providencia, los que respiramos el aire de la América Española. Si adornado de la Mitra episcopal, y teniendo que guardar toda la reserva y etiqueta de Delegado Apostólico, hubiera visitado Pio IX nuestro Continente, de poco le habria servido su largo viaje para el gobierno de la Iglesia. Pero en la posicion en que vino, estuvo en íntimo contacto con el Clero y el Pueblo, con los personajes más distinguidos y con los más humildes igualmente. En su larga residencia en Santiago de Chile, en los meses que permaneció en Monte Video y en Buenos Aires, durante las penosas y largas jornadas á través de las *Pampas*, áun más desiertas que ahora, y de la Cordillera de los Andes, que solo cortaban entónces senderos poco practicables, aprendió perfectamente nuestro idioma castellano; conoció á fondo nuestras costumbres hispano-americanas; estudió nuestro porvenir. Así es que, aunque el objeto especial de la mision que mandara Pio VII, no se cumpliera, merced á la extrañeza del Gobierno de Chile, el oculto designio de la Providencia al enviar hasta la remotísima Patagonia á quien destinaba para gobernar la Iglesia Universal, tuvo su pleno cumplimiento. Testigos somos, Señores, los que hemos experimentado el tacto especialísimo del Pontífice que lamentamos, en el régimen de la Iglesia Americana.

Quien ha visto al primer Enviado de la Santa Sede á nuestra México, salir desterrado por uno de nuestros muchos gobiernos; quien ha visto al Nuncio que posteriormente arribó á nuestras playas, vilipendiado por el mismo Emperador que con urgencia lo llamara; quien sabe que

igual suerte ha cabido en Colombia y alguna otra República á internuncios y Delegados; quien ha visto desgarrados los concordatos del Ecuador y Guatemala, y ha oído lamentarse en tiempos no lejanos á muchos de los que han venido al Nuevo Mundo con misiones del Supremo Jerarca, no extrañará por cierto, que Monseñor Muzi, con su auditor, se embarcaran de nuevo en Monte Video en Febrero de 1825, y que al llegar á Roma el mes de Junio, rindieran al nuevo Pontífice Leon XII, cuentas poco lisonjeras de las recien formadas Repúblicas.

Admitido en la Prelatura Romana, Monseñor Mastai-Ferretti, se le confia la direccion del grande Hospicio de San Miguel; y allí quizá, en medio de tantos jóvenes destinados á ser artistas, se perfeccionó el gusto por las Bellas Artes, de que nos ha dejado huellas indelebles en los monumentos erigidos durante su reinado; gusto, por otra parte, innato en Pio IX, como en todo el que abre los ojos bajo el bello cielo de Italia.

III

Era ya tiempo que se abriese un campo más vasto á aquel cuyo teatro habian de ser el Universo y la Historia. En Febrero de 1827 la Ciudad de Spoleto quedó viuda de su pastor, el distinguido Monseñor Mario Ancajani; y en el Consistorio de Mayo del mismo año, Monseñor Mastai Ferretti, fué preconizado Arzobispo de la ilustre Ciudad.

¿Quién no conoce en Roma la Basílica de San Pedro in Vinculis? Edificada por la Emperatriz Eudoxia para guardar unas cadenas, que como dice un escritor contemporáneo, "simbolizan, con ser cadenas de hierro la verdadera libertad del mundo", el artista contempla extasiado bajo sus bóvedas la obra maestra de la escultura cristiana, el Moisés de Miguel-Angel; el Católico adora los hierros que en Jerusalen primero, y despues en la prision Mamertina, sujetaron al Apóstol San Pedro, y que un milagro unió en la forma que áun hoy dia sorprende al viajero. Bajo sus bóvedas fué electo Pontífice el grande Hildebrando, aquel Gregorio VII, que víctima de la tiranía, acabó sus dias en destierro glorioso. En ese recinto resonó la voz de San Leon Magno, el vencedor de Atila; ese pavimento sostiene el mausoleo (aunque vacío) del valeroso Julio II, que al frente de su ejército defendió los derechos sagrados y el territorio de la Iglesia Romana. ¿Fué coincidencia, fué presentimiento, fué augurio? Aquel que debia morir en prision como Pedro, que habia de gemir en destierro como Hildebrando, que estaba destinado á ver á un Atila, ay! no solo acercarse sino derribar los muros de Roma, y por último que, aunque sin vestir la coraza como Julio, tendria como él que levantar un ejército y enviarlo al combate; aquel sacerdote á quien tantas vicisitudes reservaba la suerte, en los ámbitos de la Basílica Eudoxiana, recibió de manos del Cardenal Castiglioni, que despues fué Pio VIII, la consagracion episcopal.

Permitid, Señores, que no me detenga á narraros las piadosas obras y fundaciones de Monseñor Mastai en Spoleto, ni en Imola, á cuya sede más tarde fué trasladado. El establecer hospicios, llevar hermanas

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez